

“El silencio de Pío XII ante la Shoá”
Criterio 2358 (Abril 2010) 129-

De Pío XII se dijo que guardó silencio durante la Shoá, el Holocausto. Creo que hubo, sí, un silencio de la Iglesia, que nos duele a todos. El tema ha resurgido desde que Benedicto XVI declaró “venerable” a Pío XII, a fines de 2009, paso previo a la declaración de “beato”, y después de “santo”. Esta veneración por la persona de Pío XII ha despertado resquemores en la comunidad judía mundial. Consideran que no se jugó por el pueblo hebreo, que no denunció públicamente el genocidio. En la Iglesia católica, en general, hay otra imagen de Pío XII, por lo cual el diálogo no es fácil. Además, aún no es posible acceder a toda la documentación vaticana del tiempo de su pontificado (1939-1958) porque no ha concluido el trabajo de catalogar millones de folios.

El silencio político

No cabe duda que Pío XII guardó un cierto silencio diplomático. Lo hacen todos los gobiernos para evitar que los conflictos se incrementen. Cuando China protesta porque un gobernante recibe al Dalai Lama, se suele responder con el silencio. Los últimos papas han guardado un discreto silencio sobre la falta de libertad religiosa en algunos países, para no agravar allí la situación de los creyentes. Quien tuvo escondido a algún judío durante la persecución, debió guardar un silencio absoluto y hacer “buena letra”. Una inspección por cualquier motivo revelaría la existencia del escondite.

En el Vaticano y en conventos católicos se escondían judíos, con el hábito de monjes o monjas y documentos falsos. Hubo algunas inspecciones, pero todo parecía estar en regla. Esos judíos, después, agradecieron de corazón a la Iglesia la salvación alcanzada. En síntesis, el silencio político puede ser la mejor opción, si ello no implica un silencio ético. Por el contrario, callar en algunos casos equivale a convalidar una injusticia. En España, al comienzo, algunos obispos callaron ante el accionar de la ETA. Parecía una cuestión política, en la cual la Iglesia no debía intervenir, habiendo tantos católicos vascos partidarios de esa causa. Pero en un momento dado, consideraron que callar equivalía a una autorización para realizar crímenes horribles. Ya no era un silencio político sino ético.

Pío XII no calló enteramente sobre la Shoá. Habló con gran energía, pero en forma indirecta, condenando los totalitarismos y las discriminaciones de todo tipo. Como Secretario de Estado fue uno de los redactores de la encíclica “Mit brennender Sorge” (1937) de Pío XI, que significó la ruptura con Hitler, ya que se condenó el comportamiento inhumano del nacionalsocialismo. Pero la encíclica no modificó en nada la política de Hitler. Quizás ese hecho lo llevó después a no hablar en forma directa sobre la Shoá, viendo que los nazis eran inmunes a toda acusación.

El silencio ético

Pío XII se encontraba ante un dilema de hierro. Además de los escondites en conventos, las nunciaturas concedieron pasaportes a judíos y se otorgaron certificados de bautismo ficticios, como lo hizo el futuro papa Juan XXIII. Pero no pocos de nuestros hermanos judíos consideran que todas esas ayudas las hacían personas de buen corazón, no por orden de Pío XII. Quizás no hubo ninguna orden, que no era necesaria, pero este papa, que se caracterizaba por el conocimiento detallado de cada diócesis, no podía ignorar esa ayuda.

Una denuncia pública de la Shoá podría ocasionar el cierre de las nunciaturas y un control riguroso de los conventos, sin detener la marcha del genocidio. Los nazis estaban tan

obsesionados con el “problema judío” que seguían utilizando trenes para transportar judíos a Auschwitz, trenes que necesitaban ante el colapso de Stalingrado. Por otro lado, la imagen de “El Papa de Hitler” es insostenible. En los archivos de Alemania Oriental se encontraron documentos de la embajada alemana en Roma, dirigidos a Berlín, donde calificaban a Pío XII como gran enemigo. Hubo incluso un plan de secuestrar al papa, que no llegó a concretarse.

Guardara silencio o hablara, el genocidio no se detendría. Optó entonces por un cierto silencio para actuar ocultamente. En Italia se salvó el 80 % de la colectividad judía, pero en Polonia casi nadie. Según algunos expertos, se llegó a salvar a más de medio millón de judíos. No puedo afirmar entonces que Pío XII haya caído en un silencio ético reprobable, pero comprendo a los que piensan que era más importante reafirmar públicamente los principios que salvar algunas vidas. En una ocasión le pregunté a un rabino amigo qué podría haber hecho el papa concretamente. Me respondió: “Juan Pablo II se hubiera ido caminando hasta Auschwitz”. Me impresionó la idea, pero añadí: “No hubiera llegado nunca”. En el camino le hubiera ocurrido un “accidente” o el ataque de un avión “aliado”, truco ya utilizado por los nazis. Creo que dentro de cien años continuará esta discusión, porque la cuestión no puede ser resuelta en forma teórica. Las conciencias angustiadas de entonces se arriesgaban y arriesgaban a otros con cada decisión.

El silencio religioso

En la tragedia de la Shoá pareció que nos encontrábamos ante el silencio de Dios, como Job, quien finalmente recuperó sus bienes. Pero aquí Dios golpeaba cada día con mayor crueldad, sin restituir nada. La Providencia parecía estar ausente. Sobre este silencio de Dios y de los hombres hay una bibliografía impresionante, referida a los hechos y a su interpretación. Hemos alcanzado una primera interpretación, es decir cómo se inserta la Shoá en la ideología nazi. Pero se nos escapa una segunda interpretación, sobre la inserción de la Shoá en la historia universal. ¿Cómo pudo darse ese salvaje genocidio en Alemania, uno de los países más cultos de la tierra? ¿Cómo pudo ocurrir en Europa, un continente tradicionalmente cristiano, que profesa el amor al prójimo? ¿Cómo se compagina la Shoá con el mito del progreso moderno?

La Iglesia ha pedido perdón al pueblo judío por la eventual participación de católicos en la Shoá. Pero encontramos siempre la misma respuesta: “Nosotros no podemos perdonar por otros. Son las víctimas las que podrían perdonar”. Nos vemos así ante el silencio de los vivos y el silencio de los muertos. Algunos católicos interpretan mal esta respuesta como si la religión judía no predicara el perdón. Pero esa actitud no carece de fundamento. Que los judíos de hoy nos perdonen podría sonar a un indulto otorgado por crímenes de lesa humanidad, que no prescriben. Podría parecer que los judíos dan por cerrada la cuestión y dejan de manifestar su dolor, algo así como los argentinos ya no hacemos actos de desagravio ni lloramos por las víctimas de unitarios y federales. Podría dejar la impresión de que el antisemitismo es cosa del pasado, cuando aún actúan grupos antisemitas. Podría interpretarse también como que la Iglesia queda libre de seguir examinando su responsabilidad en el pasado por la formación de los prejuicios antisemitas.

Cuando Mussolini conquistó Abisinia (1935), violando el derecho de gentes, Pío XI guardó un silencio total, difícil de justificar. El ser papa no exculpa a nadie de silencios éticos reprobables. A Pío XII no debemos defenderlo para proteger a la Iglesia. Buscamos la verdad, abiertos siempre a los replanteos que presentan los historiadores. En esta búsqueda de la verdad, y abiertos a lo que pueda surgir de los archivos vaticanos, considero que Pío XII no incurrió en un silencio ético reprobable. Pero sí cargó con la herencia del silencio religioso, que continúa pesando en la Iglesia de hoy. Es un silencio que ensombrece a casi todos los papas, prácticamente al conjunto de la Iglesia. Si papas y obispos hubieran visitado sinagogas, e

invitado a rabinos a nuestros templos, como lo hacemos hoy, los nazis no hubieran podido aislar el “problema judío” del resto de la sociedad, como lo hicieron también con los gitanos.

Es verdad que hubo papas y reyes que protegieron a los judíos, a cambio de un tributo y cantidad de prohibiciones, como el poseer tierras. Todavía en 1555 Paulo IV confirmó los ghettos y les impuso el gorro amarillo. Pero el silencio ético de quienes no denunciaban tantos atropellos, provenía del silencio religioso sobre la razón de ser del pueblo judío. Los Padres de la Iglesia antigua, con san Agustín, forjaron el concepto de la esclavitud de los judíos. Por rechazar a Cristo quedaron sometidos a los cristianos. Los teólogos medievales, con santo Tomás, retomaron esa concepción, en un sentido más simbólico que realista. Los judíos eran nuestros “bibliotecarios”, ya que guardaban los libros de las profecías, sin entenderlas. Y permanecerán en su ceguera hasta el fin de los tiempos, como testigos de la muerte de Cristo.

Con el surgimiento de los Derechos del Hombre, los judíos comenzaron a ser respetados como todas las personas. Pero continuaba el silencio religioso de la Iglesia sobre el valor de su religión, que carecía de sentido porque se habían quedado en el Antiguo Testamento. Había que tratarlos con bondad y ayudarlos a que se convirtieran. Se salvarán indudablemente por la buena fe con que actúan, pero están en el error. El Concilio Vaticano II, que se enriqueció con una notable herencia de Pío XII, comenzó a modificar ese paradigma, abriendo la puerta para que los teólogos se pregunten por el valor de la religión judía actual. Se oyen algunas voces proféticas, como en la reciente visita de Benedicto XVI a la sinagoga de Roma. Pero durante la Shoá pesó el silencio religioso de la Iglesia sobre el pueblo judío, que ensombreció también al pontificado de Pío XII. Con todo, más que del silencio del papa deberíamos hablar del silencio de toda la Iglesia. Pío XII puso algunos fundamentos para que se saliera de ese silencio, como el apoyo a los estudios bíblicos y su acción en favor de la paz. Pero recién con el Concilio comenzamos a despertar del silencio.

Hoy reconocemos que el pueblo judío tiene la misión, como todo pueblo, de enriquecer el patrimonio espiritual y cultural de la humanidad, con sus tradiciones milenarias. Pero además de esa misión general, considero que poseen una misión particular, en relación al cristianismo. En primer lugar, tienen la misión de ser custodios del monoteísmo de Abrahán, padre de los creyentes. Los cristianos creemos en el mismo Dios de los judíos, pero profesado como Uno y Trino. Ahora bien, a veces nos referimos a las tres “Personas” divinas con el significado moderno de persona, como si en Dios hubiera tres inteligencias y tres voluntades. Por eso, el pueblo judío nos recuerda que debemos esforzarnos siempre para no hablar incorrectamente del Innombrable. Son también los garantes de los Diez Mandamientos, no como un código impuesto sino como fruto de encuentros históricos entre las aspiraciones humanas y las promesas divinas. Nos enseñan a entrar en Alianza con Dios, como Moisés, que hablaba cara a cara con Él. Y los judíos piadosos de hoy, incluyendo almas místicas, continúan hablando cara a cara con Yahvé.

El autor, jesuita, es profesor de Doctrina Social de la Iglesia